

CONSEJO DE REDACCION

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata).

Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

- | | | |
|------------------------------------|-----------|---|
| <i>La espiritualidad cristiana</i> | 3 | |
| <i>Olivier Boulnois</i> | 11 | ¿Espiritualidad o vida cristiana en el espíritu? |
| <i>Fernando Rivas</i> | 19 | Los tres momentos de la espiritualidad litúrgica |
| <i>Pablo Pagano</i> | 36 | La plegaria eucarística, fuente de vitalidad y espiritualidad responsables |
| <i>Dominique Poirel</i> | 51 | La lectio divina, vida espiritual |
| <i>Jorge Saltor</i> | 69 | Sobre la teoría del pájaro solitario en San Juan de la Cruz |
| <i>Fernando Ortega</i> | 78 | Música y espiritualidad |
| <i>Julia Alessi de Nicolini</i> | 89 | Testimonio:
Una vocación gozosa |

Testimonio: Una vocación gozosa

por Julia Alessi de Nicolini*

Bendito sea Dios, el Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en Cristo con toda clase de bienes... El nos eligió... El nos destinó... Y los tesoros de gracia y sabiduría, de prudencia y de conocimiento de su proyecto misterioso de salvación nos han sido dados abundantemente.

Así comienza la carta a los efesios; y posiblemente sea bueno introducir así también este testimonio laical, pues allí Pablo deja en claro dos cosas importantísimas.

La primera de ellas: todo lo que de bueno —poco o mucho— se pueda hacer o decir, vivir o pensar, planear o conseguir, no es propio de quien lo hace o lo dice, lo vive o lo piensa, lo planea o lo consigue sino que es parte de esos bienes y esos tesoros que el Padre nos da en Cristo; porque siervos inútiles somos, y menesterosos, que nada podemos hacer sin los talentos que el Señor pone en nuestras manos.

La segunda, igualmente fundamental: no son el azar ni la necesidad los que han marcado el rumbo de nuestra vida y han hecho de nosotros laicos cristianos. La laicalidad es también una vocación, un llamado del Padre que nos eligió y nos destinó y nos fue llevando por nuestro camino a través de ese amoroso forcejeo de libertades que tan bien sabe manejar la Providencia.

Por eso es siempre justo y necesario, antes que nada, bendecir al Padre de Dios por todo lo que nos ha dado, que es *todo* lo que somos y podemos y sabemos y tenemos, y que nos ha llegado a través de incontables mediaciones humanas, hermanos generosos, canales innumerables de su gracia.

Y es también justo y necesario bendecirlo por la magnífica riqueza de la vocación laical, acaso la primera y más original de las vocaciones... Pues apenas creado el hombre, varón y mujer, Yaveh los llama al cumplimiento de tres tareas eminentemente laicales: crecer y multiplicarse, llenar la tierra de bienes y ser señores de lo creado, naturalmente con el señorío del servicio (Gn 1, 27-28).

*Profesora de Int. a la Filosofía, Fac. de Filosofía, Univ. Nac. de Tucumán.

La experiencia personal

Pero además son necesarias una alabanza y una gratitud muy especiales cuando uno despierta a la conciencia de su vocación laical en una particular coyuntura. En el año 1965, y gracias al Movimiento de Cursillos de Cristiandad, una vida de fe que no iba más allá de un —acaso— correcto cumplimiento individual, se transforma para mí en una experiencia de profundidad y de plenitud deslumbrantes, abierta a los hermanos. Encuentro en el Movimiento laicos estupendos, sacerdotes extraordinarios; ellos me enseñan, me guían y me comprometen pero —sobre todo— me exigen y me hacen entender que siempre se puede dar más de lo que creía uno que podía. Es por eso que siento que a ellos debo no sé si una buena parte, pero sí una parte buena de lo que soy (y tal vez venga a cuento: fue uno de ellos quien me dijo, una vez, en tono casi de inquisidor —lo que no estaba demasiado fuera de lugar, porque era dominico—, “Te vas a condenar por no escribir...”; y entonces, aquí estamos...)

Aquel 1965, por otra parte, no fue un año cualquiera. Estaba culminando el Concilio Vaticano II; la Constitución Dogmática sobre la Iglesia había sido promulgada el año anterior; el documento sobre los laicos lo sería en noviembre del 65; pocos días después, el 7 de diciembre, se promulgaría en la sesión de clausura la Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo (para mencionar sólo los tres documentos que me conmovieron más inmediatamente).

Y es gracias a esa singular oportunidad de cruce entre lo personal y lo eclesial que me ha sido posible paladear el gozo y la esperanza de aprender a ser laica a conciencia, con la riqueza teológica y pastoral del Vaticano II.

Y fueron entonces el asombro y la alabanza —y una persistente sensación de gracia absolutamente inmerecida— al descubrirnos, por nuestro ser de laicos, participando en la triple función sacerdotal, profética y real de Jesucristo. Por supuesto, esta participación es a nuestra manera, pues maneras hay otras; pero la nuestra, la laical, es una espléndida manera.

Nuestro sacerdocio, nuestro profetismo y nuestra realeza nos son dados para ejercerlos en el mundo; en nosotros, los laicos, se cumple de modo especialísimo la mundanidad de la Iglesia, su condición secular; pues ella se sabe en el mundo y para el mundo, “humilde y gloriosa intermediaria”, como dijera Pablo VI en uno de sus discursos conciliares. Y fue también el Papa Montini quien definió taxativamente la “ubicación” del laico, su *dónde* específico, en el punto 70 de la *Evangelii Nuntiandi*, esa maravillosa Exhortación Apostólica escrita en el 10º aniversario de la clausura del Vaticano II: “su vocación específica los coloca en el corazón del mundo y a la guía de las más variadas tareas temporales...”

No resultó entonces demasiado difícil comprender, e intentar poner en obra, el compromiso cristiano en su doble vertiente: participar con intensidad en un movimiento de Iglesia y asumir todo lo cotidiano, marido e hijos, tareas en la casa, trabajo afuera (cada vez un poco más a medida que crecían los chicos), amigos, cine, lecturas... desde otra, magnífica, perspectiva. Y además ir creciendo en la convicción de que sólo el diálogo entre ambas vertientes, su compenetración y coherencia, más aún, su síntesis en un solo proyecto de vida, son una respuesta auténtica al llamado.

Al ir trabajando en este proyecto, se fue contestando —a la vez— un interrogante que me aguijoneaba desde hacía mucho; pues en cierta oportunidad, en la época todavía de los misales bilingües, y en un esfuerzo por ver qué podía hacer con mis rudimentarios latines de segundo año de la Facultad, descubrí que la oración del sacerdote previa a la lectura del Evangelio —“Purifica mi corazón...”— se escribía latinamente así: “Munda cor meum...” Primero confusión; después diccionario mediante, sorpresa. El verbo *mundare* —primera persona singular del presente del indicativo, *ego munda*— tenía que ver con lo limpio, lo ordenado, lo prolijo, lo hermoso. Pero, ¿no era que el mundo era uno de los enemigos del alma?...(!)

¡Qué dicha fue ir descubriendo en los documentos del Concilio toda la verdad sobre el mundo, ese mundo que tanto ama Dios que envió a su Hijo a vivir en él y para él y (cosa irremediable para el Cristo, después de haber vivido como él vivió) a morir por él!

¡Cómo disfruté con esa suerte de definiciones de *mundo* con que se abre la *Gaudium et Spes* y con la aseveración de que quienes nos dedicamos al servicio terreno de los hombres preparamos “la trama del reino de los cielos” (G.S. 38)! ¡Cómo transformó desde entonces totalmente el planteo de mis tareas esa otra deslumbrante realidad: todos los “frutos buenos de nuestra naturaleza y nuestra acción que hayamos propagado en la tierra conforme al mandato del Señor y en su Espíritu, los volveremos a encontrar después, purificados..., iluminados y transfigurados cuando Cristo devuelva al Padre ‘el reino eterno y universal’...” (G.S. 39)! Así, la sopa sabrosa y el pañal bien lavado, la clase preparada a conciencia y la página bien escrita, las normas respetadas y la cordialidad en el trato, el perdón recibido y el perdón ofrecido, los amores y las felicidades, tanta cotidianeidad en la que casi no se repara, TODO eso es para la eternidad.

Claro que, como era de esperar, si alguna vieja pregunta encontraba su respuesta, otras nuevas iban apareciendo e inquietando: ¿Cómo se es laico-profeta, laico-sacerdote, laico-rey? Eran, por supuesto, preguntas cuyas respuestas no podían ser demoradas cuando el compromiso conducía a la acción; había que buscar.

¿Cómo? Casi sin pensarlo al principio, y pensándolo a fondo después, me encontré siguiendo un llamado algo semejante al que les

llegó a los apóstoles primeros; pues a ellos, que eran pescadores, no les cambió el Señor su oficio y siguieron pescando; pero no tan sólo peces sino también, y sobre todo, hombres. Y supuse que en mi caso tampoco sería necesario que dejara de hacer lo que ya venía haciendo —y me gustaba y no me salía mal—: leer, estudiar, enseñar, hablar, entonces, no dejé de leer y estudiar y hablar y enseñar las verdades de mi profesión, pero me lancé con entusiasmo a leer y estudiar y hablar y enseñar también, y sobre todo (eso espero), la Verdad, la que hace libres, la que es Vida.

De ese modo aterricé encantada en el resto de los Documentos del Vaticano II y en los textos de los últimos Pontífices y del Magisterio Social de la Iglesia; más o menos desordenadamente, me animé a asomarme a algunas obras de grandes teólogos contemporáneos que enriquecieron, ampliaron, profundizaron y reafirmaron aquellas jubilosas perspectivas acerca de los misterios de nuestra salvación. Pero es sobre todo la frecuentación creciente de la palabra de Dios la que sigue consolidando todo el trabajo de lectura y estudio.

La palabra de Dios

El descubrimiento de los textos más leídos, especialmente de los evangelios, y el descubrimiento de textos apenas manejados con anterioridad fueron abriendo un panorama insospechado. Las cartas de los apóstoles produjeron el primer sacudimiento, especialmente las de Pablo; ¡cuántas veces conmueve su forcejeo con las palabras que se le resisten cuando quiere hablar de lo inefable de Dios, pero que son su único recurso para comunicar algo de lo que intuyó y contempló! Y se vuelve una y otra vez a Pablo, a Juan, a Santiago, a Pedro...; y también al Apocalipsis, cuyas innegables dificultades terminan siendo iluminadas (¡no explicadas!) por los resplandores de la Jesuralén celestial y el llamado de la Esposa anhelante...

El Antiguo Testamento, por su parte, se ha venido convirtiendo en un universo poético y profético indispensable; y en el trance de tener que señalar textos preferidos, aquí van: el Génesis, por su acercamiento mítico-simbólico a los orígenes del hombre; los profetas, sobre todo Isaías, Oseas, Ezequiel, Jeremías...; los elogios a la Sabiduría, la ternura del Cantar.

Los Salmos merecen un párrafo aparte, porque están conectados con otra de esas invitaciones de la Providencia. Hace ya varios años, en un encuentro eclesial, me estrené en el rezo de la Liturgia de las Horas; fueron tres jornadas que se iniciaban rezando Laudes y se cerraban rezando Vísperas. Con muy buen criterio —pues éramos casi todos novatos en esto— se habían seleccionado formularios sencillos, pero ya estaba sembrada la semilla y clarísima la invitación a hacerla germinar.

Progresando despacito, estoy aprendiendo a disfrutar con los esfuerzos —que no siempre salen bien— de rezar cotidianamente Laudes y Vísperas, durante todo el año, con las variantes que corresponden a cada tiempo y a cada fiesta; así se va paladeando el tesoro inagotable de los salmos.

Es toda la vida humana hecha poema y enfocada hacia Dios (pues si no, no sería verdaderamente humana) la que pasa ante nuestra mente y nuestro corazón: el gozo y la vergüenza, el temor y la gratitud, el dolor y la esperanza; hay bodas y muertes, batallas y alabanzas, victorias y músicas; están los cielos, la tierra, los océanos; y está el Señor, el Creador, el Rey, el Salvador, el Altísimo, el Dios de Abraham y de Jacob, mi roca, mi alcázar, mi escudo...

Además, es hermoso rezar las Horas con fragmentos proféticos y paulinos, alabar cada mañana con Zacarías y cantar cada noche por el Magnificat de la Virgen; y es consolador pedir cada vez por Cristo al Padre de la infinita misericordia por las necesidades del mundo con los clamores del Espíritu.

Todas las andanzas por el Antiguo Testamento fueron trayendo otras alegrías; entre ellas, la de descubrir una mentalidad diferente, menos analítica y abstracta más habituada a usar el “corazón” para comprender la realidad, más capaz de aceptar una “lógica” diferente que no se escandaliza ante las contradicciones y las paradojas y por eso no apuesta a las dicotomías. Así fue posible replantear ciertas oposiciones excluyentes a las que nos tiene acostumbrados nuestro habitual modo de pensar que no terminaban de convencer y que —muchísimo más grave— no reflejaban con fidelidad el pensamiento de los escritores bíblicos.

De esas dicotomías, tres eran particularmente críticas para un laico: las oposiciones entre cuerpo y alma, tierra y cielo, historia y eternidad. Porque, ¿cómo crecer y multiplicarnos, llenar la tierra y someterla sin amar el cuerpo, la tierra y la historia?; ¿y cómo amarlos sin estar al mismo tiempo desdeñando —porque creíamos que no había otra posibilidad— el alma, el cielo y la eternidad?

Fue tan tranquilizador descubrir que lo que la Palabra nos pedía no era oponer sino jerarquizar, distinguiendo entre medios y fines... Fue tan naturalmente sobrenatural regocijarse con el modo que tiene la Biblia de hablar del hombre y de todo lo humano, inconcebible sin asumir la corporeidad, la “terrenalidad”, la historicidad... Fue tan concluyente comprender que el enfrentamiento paulino entre carne y espíritu nada tiene que ver con la oposición entre cuerpo y alma (que no hemos heredado del pensamiento bíblico sino de ciertas filosofías); pues hay cuerpos espirituales, y hay almas tan carnales... Fue tan estimulante reconocer las antiguas raíces de las “novedades” del Vaticano II...

Más regocijos

Por supuesto, hubo más descubrimientos y más regocijos. Fue especialmente conmovedor y comprometedor incorporarse con mayor plenitud a la vida de la Iglesia en momentos de una creciente actitud de apertura realmente "católica", universal, capaz de abarcar a todos los hombres. Pues con todo hombre se ha unido, de cierta manera, el Hijo de Dios con su encarnación; y es en el corazón de todos los hombres que obra la gracia de manera invisible, ya que debemos creer que el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que, en forma sólo de Dios conocida, se asocien al misterio pascual (G.S. 22).

¡Cuánta exigencia, entonces —no siempre bien cumplida—, de rechazar prejuicios, de evitar esquematismos y, sobre todo, de abrir la cabeza y ensanchar el corazón para que nadie tenga que quedar afuera! ¡Qué alegría profunda la de poder ir asociándose a la propuesta de Juan XXIII: comenzar siempre por lo que nos une, no por lo que nos separa!

Entonces se hizo necesario ir rompiendo viejas, y no buenas, costumbres y tratar de descubrir las mejores maneras de encontrarnos dialogar y queremos fraternalmente también con aquellos que habían venido siendo considerados "fuera de la Iglesia", donde "la salvación es nula" (!) El Concilio nos ha recordado más bien otra cosa: que no habría salvación para quien, aun "dentro" de la Iglesia, no persevera en la caridad.

Es posible que en esta minicrónica testimonial haya mucho de historia pasada; pero ya se sabe, lo vivido sigue nutriendo el presente y preparando el porvenir, y hoy trato de seguir tejiendo la vida con hilos que vienen de allá lejos. Con otros nuevos también, por supuesto, pero aquéllos, éstos de los que hemos venido hablando, están todavía aquí, gracias a Dios, lo suficientemente firmes como para que sean los que consoliden la trama, den sentido al diseño y mantengan el tono del regocijo.

Lo cual, claro está, no supone mérito alguno porque —como dice Pablo— Dios es el que es fiel, él es el que puede mantenernos firmes hasta el fin, habiéndonos él hecho ricos de todos los dones de palabra y de conocimiento (1 Cor 1, 4-9).

El presente

Hoy, convencida de mi deber de compartir toda riqueza con mis hermanos, intento —por ellos y por mí— seguir aprendiendo, descubriendo, creciendo, madurando. Me esfuerzo en abrirme cada día al asombro frente a las maravillas del Dios del amor, para mantener despiertas la alabanza agradecida y la conciencia avergonzada de la propia indignidad.

Es acaso por todo eso, en parte, que puedo seguir aún hoy tratando de leer, estudiar, hablar y enseñar la verdad del evangelio, explícita o implícitamente; y en el aula universitaria o en un salón parroquial, ante dirigentes políticos o maestros de escuela, padres de familia o formadores de seminarios, me esfuerzo por ser dócil al Espíritu, para lo que pueda decir sea siempre mensaje de buena noticia.

Pero hay algo más; desde aquel lejano 1965, no me ha faltado nunca la compañía entrañable y consoladora de algún grupo de amigos-hermanos, laicos y sacerdotes, con quienes poner en común no sólo los vaivenes de la vida sino también ideales, proyectos y tareas “descaradamente cristianos”, como dijo uno de ellos cierta vez. A esos amigos-hermanos, canales especialísimos para mí de la gracia del Padre, debo también mucho de lo que soy.

De entre todos, sería bueno hablar de aquel grupo que se fue armando alrededor de la lectura y profundización de la *Gaudium et Spes* hace unos quince años; de allí nació, en diciembre de 1989, el Centro de Estudios Pablo VI de Tucumán.

Conscientes de las exigencias de nuestra vocación laical, trabajamos siempre buscando que esta vertiente particular de apostolado se integrara coherentemente con el otro apostolado impostergable y primario, el de la familia y la profesión (ese que está hecho más de testimonio de vida que de mensajes verbales). A partir de nuestras respectivas profesiones, las preocupaciones del Centro apuntaron a la evangelización de la cultura y fuimos organizando conferencias, mesas-panel, video-debates y jornadas de reflexión; de estas últimas, las de Docentes llevan ya seis “ediciones” consecutivas.

En eso estábamos, y seguimos estando, cuando la providencia nos hizo un llamado especial: motivados y apoyados por un sacerdote joven y estudioso nos animamos a organizar en 1993 la I Semana Bíblica de Tucumán, a la que la comunidad respondió con un apoyo que no esperábamos. Notablemente bien recibida fue la mesa panel del segundo día en la que participaron, junto al sacerdote católico, pastores de las comunidades hebrea, ortodoxa y metodista.

A partir de ahí, fue creciendo un diálogo interreligioso y una relación fraterna que se ha venido consolidando en las dos Semanas Bíblicas siguientes y que produjeron además otros frutos consoladores: hemos podido concretar ya, con gran alegría, dos Encuentros Interreligiosos de Oración por la Paz y una Jornada de Oración Ecu-ménica por la Unidad de los Cristianos. Y si todos estos acontecimientos congregaron muchos más hermanos de los que hubiéramos imaginado —como ocurrió también en diciembre pasado del 30° aniversario del Vaticano II— no dejamos de rezar con el Salmo 113: “no a nosotros Señor, no a nosotros sino a tu nombre da la gloria, por tu bondad, por tu lealtad...”

Una sola cosa más, ésta mía, personal: he caído y sigo cayendo —y seguiré cayendo, claro— en errores, tibiezas, infidelidades, arrebatos, sorderas, cobardías, traiciones. Gestos que tendría que haber hecho y que no hice, palabras que tendría que haber dicho y que no se dijeron. El por qué, ya lo explicó el salmista: “si me olvido de ti Jerusalén, que se me paralice la mano derecha, que se me pegue la lengua al paladar si no me acuerdo de ti, si no pongo a Jerusalén en la cumbre de mis alegrías” (Salmo 136).

Ayúdame Señor a no ceder ni a la parálisis ni a la mudez, a no olvidarme de Jerusalén; ayúdame a ponerla siempre en la cumbre de mis alegrías.